

**Dalferth, Ingolf U.**, *Trascendencia y mundo secular. Orientación de la vida al presente último de Dios*. Ediciones Sígueme, Salamanca 2017, 300 pp., 13,5 x 21 cm.

La obra recoge una serie de artículos, debidamente reelaborados, publicados por el Autor en obras colectivas y en revistas entre los años 2001-2014. Aunque las religiones sigan estando vigentes en gran parte de las culturas del mundo, en la civilización occidental estamos asistiendo a una secularización que viene de siglos. El cristianismo tiene elementos internos para admitir, insertarse y vivir en una sociedad secularizada, sobre todo cuando es un derecho fundamental la libertad religiosa que se da en los estados que la conforman. A estas alturas,

*CARTHAGINENSIA, Vol. XXXIV, N° 65, 2018 – 185-224. ISSN: 0213-4381*

la teología cristiana no tiene como referencia el contraste entre lo profano y lo sagrado, «sino la presencia de Dios, que se actualiza a sí misma» (10). Se debe, a la vez, matizar que la existencia humana, tal y como se desarrolla en nuestras sociedades, puede tener una orientación hacia esa presencia de Dios o simplemente vivir sin el sentido que le imprime dicha presencia. Se trata, pues, de trascendencia e inmanencia como *hábitos* vitales diferentes, que no de ámbitos vitales. La vida puede abrirse a Dios, entendido como un presente inmutable o cercanía activa frente a los presentes cambiantes que entraña la existencia humana. El texto, por consiguiente, analiza cómo en la historia personal y colectiva la existencia se orienta hacia Dios por una experiencia creyente en un ámbito esencialmente secular.

Se debe admitir que no es básico para la fe cristiana que viva en la secularidad manifestándola en actos estrictamente religiosos. La clave está en dar un sentido a la existencia desde la fe cristiana. Y lo mismo podemos decir de la Iglesia como lugar donde se desarrolla la fe. Vivir apartado de ella no significa perder el sentido religioso de la vida necesariamente; puede entenderse acercarse o recrear actitudes religiosas que no se contemplen en nuestra tradición multisecular. «La religión se vuelve irrelevante cuando no me sitúa ante decisiones existenciales que me abren nuevas perspectivas sobre mí mismo, mi mundo, los demás y Dios» (14). Lo contrario basta con ignorarlo. La fe cristiana, como don de Dios, generado por el sacramento del bautismo y cuidado por la familia y la comunidad creyente, se funda en la presencia histórica de las relaciones de la Trinidad, que crean un nuevo ser y se estructura en la historia como fraternidad. Este nuevo ser puede crecer en el esfera creyente comunitaria de la existencia vivida como don y servicio a los demás. En este caso, se puede vivir de cara a Dios, al margen de la mediación de Cristo, si la vida se ordena con una relación fraterna.

Se vive en un mundo posmoderno, donde no es necesaria la crítica a la religión para justificar una vida arreligiosa. Se vive más allá de la Modernidad cuando no es necesario justificar su vida secular, porque la secularidad no se define por su actitud negativa ante lo religioso. El cristianismo se orienta más, vistas las cosas en una contraposición entre lo divino y lo mundano, por el descubrimiento de la trascendencia de lo divino y diferenciando al Creador de la Creación. Esto no coincide cuando se plantean las cosas como una tensión entre religioso y secular, donde se intenta dismantelar toda referencia trascendente en el ámbito cultural. Es lo que pretendió la Modernidad. Es un proceso que incluye el paso del politeísmo al monoteísmo, el descubrimiento de la trascendencia de lo divino y la aceptación de Dios como Creador. Es este aspecto, el Creador y la Creación, lo que hace posible la existencia de lo mundano. Por ello no viene a cuento aplicar a Escoto el nominalismo de Ockham, que entraña un distanciamiento de Agustín en Occidente, trastrocando el realismo por un confuso nominalismo. Es justo al revés. Escoto precisa la voluntad divina como relación de amor en la Creación, impregnándola de tal manera que da la posibilidad a lo que el Autor ha afirmado antes: el otro como el término de mi actitud cristiana. Debería Dalferth analizar la fuente espúrea de la corriente ortodoxa americana (cf nota 41).

Después de una seria reflexión sobre el acontecimiento en los aspectos ontológico, semiótico y teológico, y de la trascendencia —ontológica, antropológica y teológica—, estudia el tema de «¿Fe o razón?», siempre interesante, aunque un tanto artificial, sobre todo por las incomprensiones mutuas: la irracionalidad de la fe o el fideísmo contra la razón. Dalferth aclara que lo contrario de la fe no es la razón, sino la increencia, la falta de fe de vivir según el sentido que Dios ha ofrecido como don a la vida. La razón, por lo contrario, «es la capacidad de autodeterminarse, por medio del recto distinguir, a vivir de un modo que tanto los demás como uno mismo consideren bueno» (135). Lo contrario es la insensatez. A continuación se exponen acertados análisis y precisiones terminológicas como conceptuales sobre lo total-

mente distinto, la imposibilidad como concepto límite y horizonte límite de toda distinción. Y termina con la posibilidad de orientar la vida humana a la trascendencia en un mundo secular posibilitada por la misma presencia divina. La presencia divina facilita la orientación trascendente de la vida, porque ella descubre lo mundano al hombre.

Es un texto muy rico en la elaboración y análisis de conceptos sobre la posibilidad de vislumbrar a Dios en un mundo secular. Falta, por el contrario, situar el tema en la realidad, para que no quede en el ámbito de los principios. En estos temas hay que tener en cuenta la cultura y el contenido de la fe cristiana procedente de la presencia histórica del Hijo de Dios.

F. Martínez Fresneda